

## Primer Capítulo

Madrid, 26 de Abril de 1808.

Querida María Helena:

No voy a decir que esto es fácil para mí, porque no lo es...Probablemente habrás notado que últimamente no recibías muchas cartas mías...Mi padre me las confiscaba, y me era difícil enviártelas a escondidas, lo siento.

Muy a mi pesar, me veo obligado a decirte que lo nuestro no puede continuar, mi padre no lo acepta, dice que no eres de buena familia y que no nos conviene que sepan que me he enamorado de ti. Yo también soy víctima de todo esto, por eso te pido que lo comprendas. No puedo extenderme mucho, así que solo voy a pedirte una cosa: No me olvides nunca, yo no lo haré...

Con todo el cariño del mundo:

Bernardo.

---

Corría mayo de 1808...sí, tiempos difíciles para un país azotado por una guerra que enfrentaba españoles y franceses; y allí estaba yo leyendo aquella carta...hundiéndome entre recuerdos de un amor que, simplemente, había terminado en una insignificante línea.

Mirando por la ventana del comedor...gritos, desolación, pena y guerra estaban presentes en las cabezas de los madrileños...pero yo, sumida en aquella carta, ajena a lo que pudiera pasar, pensaba qué iba a ocurrir ahora con mi vida, se me acababa de hundir el mundo, una guerra estaba a punto de desatarse, y yo me limitaba a pensar en él...

Ya hacía más de una semana que recibí la carta, y me sentía como si acabara de leerla...En medio de uno de mis sueños imaginando que él volvía, oí a mi madre reclamándome desde la cocina: un hombre montado a caballo anunciaba una concentración en la Plaza de Oriente. Pero yo, quizás a causa de mi corta edad, ya que hacía apenas unas semanas que había cumplido los 17, o probablemente debido a que seguía algo atolondrada después de leer la carta, no me enteraba de lo que estaba pasando realmente aquel 1 de mayo de 1808...

## Segundo Capítulo

Allí estábamos toda la familia, frente al Palacio Real, reivindicando lo que era nuestro, o al menos eso era lo que decía mi padre. Y yo, que no sabía muy bien ni que hacía allí, ni porqué todo el mundo gritaba: ¡qué nos lo llevan!; me limitaba a mirar asombrada la multitud que gritaba, o más que gritar, echaban ira y rabia por la boca. Y de pronto le vi, allí de pie hablando con Carmen, que se acercó al verme.

-¿Qué haces aquí? Me dijo como si se hubiera molestado al verme.

-Ya conoces a mis padres, me llevan con ellos a todos lados. Y tú, ¿Por qué estás hablando con Bernardo, te ha dicho algo de mí?

- No, Helena, no me ha dicho nada de ti, ¿por qué no admites que lo nuestro se ha acabado?

Me extrañó muchísimo que me respondiera de esa manera tan brusca, aunque cuando le dije lo de la carta, no pareció asombrada. No supe qué responder, ya que en cierta parte tenía razón, así que me limité a bajar la cabeza y a murmurar: -Me tengo que ir, ya nos veremos.

-Vale, hasta luego.- Me dijo, mientras me sonreía de una forma que me hizo sospechar que algo no andaba bien...pero a pesar de eso nunca se me pasó por la cabeza imaginarme siquiera lo que estaba ocurriendo, frente al Palacio Real, y entre Carmen y Bernardo.

De repente un gran grito colectivo me hizo despertar de mi reflexión, como yo no me enteraba demasiado del porqué de aquel revuelo, le pregunté a una mujer que había a mi lado que parecía enterarse mejor que yo de lo que estaba ocurriendo. Por lo visto, el infante, al que querían llevarse consigo los franceses, se había asomado a un balcón del palacio, lo que hizo que la muchedumbre aumentara aun más su ira.

En medio de aquella revuelta, y al intento de los madrileños de asaltar el palacio, unos guardias se dispusieron a disparar contra la gente. En ese momento la imagen que había ante mis ojos superaba con creces la carta, la extraña sonrisa de Carmen, y todas las cosas que en esa semana habían revoloteado por mi cabeza. Aunque a pesar de la sensación que me produjo aquella imagen que acababa de contemplar, yo no era muy consciente aun de que estaba a punto de darse una guerra que cambiaría la historia de España.

### Tercer Capítulo

La mañana de aquel 3 de mayo de 1808, mi madre irrumpió en mi cuarto para despertarme. Después de desayunar me asomé a la ventana y el paisaje que se veía a través del cristal era desolador; navajas, instrumentos de cocina, objetos punzantes...todo valía para defender el país, para vengar a todos los madrileños que habían muerto y, en definitiva, para impedir que asaltaran nuestro territorio.

En ese momento, en medio de aquella terrible imagen, entró Adela en el comedor, con la cara desencajada. Adela siempre había estado ahí cuando la necesité, era mi hermana y sabía que si me ocurría algo ella sería la primera en sentirse apenada.

Me dijo que me sentara, y yo obedecí sin mediar palabra, expectante a que me contara de una vez la causa de aquella cara horrorizada con la que había llegado.

- Es Bernardo...- Me dijo con voz preocupada.

En ese momento un escalofrío recorrió mi cuerpo, como un rayo que cae de repente desde el cielo. No supe qué responder.

- Le he visto con Carmen. –Añadió.

- Yo también les vi ayer. – Respondí como intentando evitar lo que estaba pasando.

- Pero les he visto hace un momento, juntos, muy acaramelados...

-Eso quiere decir que...

-Que se han estado viendo a tus espaldas.- Me cortó con voz fría.

En ese momento ya no sabía si llorar o reírme, me sentía tan impotente que no pude mediar palabra alguna. Todo tenía explicación ahora, la carta, la extraña sonrisa de Carmen...

De repente, oímos a mi madre, que reclamaba impaciente a Adela desde la alcoba

-María Helena ¿qué tal si esta tarde hablamos con más tranquilidad?-

-Vale, me hará bien, necesito desahogarme. –

-De acuerdo.- Y salió por donde había entrado.

Me quedé pensativa, si antes ya estaba apenada, después de que Adela me contara aquello, simplemente se habían ido mis ganas de seguir luchando. El país en guerra, mi querido Bernardo se veía a escondidas con mi amiga Carmen, y la única persona que en ese momento me inspiraba confianza era Adela.

## Cuarto capítulo

Después de comer, recogimos la mesa, después de habernos pasado toda la comida Adela y yo entre miradas de complicidad, y a la vez de pena. Al rato mis padres salieron del comedor.

-Por fin se han ido, creía que no lo harían nunca.- Dijo Adela aliviada.

-No sé qué decirte Adela, en el fondo me esperaba lo que me has contado esta mañana.

Adela me miró con cara de asombro.

-Sí, se lo noté a Carmen en la mirada cuando les vi ayer.- Continué.

Adela no había tenido muchos amores, a pesar de que tenía 5 años de edad más que yo; aun así hablaba del tema con una soltura sorprendente. Me reconfortó conversar con ella, yo creo que en ese momento nuestra relación se hizo más fuerte.

En ese momento mi madre se asomó a la puerta. -Me voy al taller, tengo que preparar unas cosas, a las cuatro quiero que estéis allí las dos, tened cuidado.- Y nos dio un beso en la frente con una ternura sorprendente.

Después de una larga conversación, nos levantamos dispuestas a arreglar el desorden que había formado en nuestra alcoba. En el tiempo en el que estuvimos barriendo y recogiendo, estuve pensando en él...pero ya no pensaba en él con pena, sino con pasividad. Las palabras de Adela me habían hecho comprender que un hombre y una mujer que traicionan así a una persona no son dignos de que alguien sufra por su culpa.

En el fondo lo sentía mucho más por Carmen, mi amiga de toda la vida, mi compañera de juegos, mi confidente...ella era la última persona de la que me lo habría esperado.

Dándole vueltas a todo me di cuenta de que lo más me había dolido no era que estuvieran juntos, sino que no hubieran tenido el valor de decírmelo, en vez de mentirme como hizo Bernardo.

¿Qué era lo que había hecho mal? Había pasado de tenerlo todo a no tener absolutamente nada, y esta idea me horrorizaba...

## Quinto capítulo.

A las cuatro menos cuarto salimos de casa. En una bolsa metimos el metro, y dos pares de tijeras. Íbamos camino del taller en el que trabajaba nuestra madre, que estaba a un largo paseo de donde nosotras vivíamos. Fuimos evitando las calles grandes, y pasábamos por pequeñas callejuelas para no encontrarnos con los guardias franceses de los que estaba plagado el pueblo de Madrid.

Volvió a salir la conversación de Bernardo, así que le conté a mi hermana lo que había estado pensando, y en el mismo instante en el que estaba pensando en ellos los vi, con mis propios ojos, abrazados, con sus rostros apunto de juntarse. Estaban bastante lejos de nosotras, pero pude ver perfectamente cómo se unían sus labios; una lágrima salió de mis ojos camino de mis mejillas, que recorrió mi cara en pocos segundos. Adela me vio, y exclamó con rabia: -¡tú no te mereces esto, ni ninguno de ellos tampoco merece ninguna lágrima tuya!- Y salió disparada hacia ellos, mientras sacaba de la bolsa una de las tijeras que llevábamos al taller. De repente, dos guardias franceses se interpusieron en su camino con aire de superioridad. – ¿Adónde vas con esas tijeras?-Le dijo uno de ellos a mi hermana con voz firme.-

A mí no se me ocurrió otra cosa que esconderme detrás de unas cajas que había enfrente de una taberna. ¡Se la llevaban, se llevaban a Adela! No tuve el valor de salir de mi escondrijo e intentar impedirlo, de modo que vi como desaparecían los tres en el horizonte. No la volví a ver.

-----

Supusimos que murió fusilada, como tantos otros españoles. Ahora que ya han pasado varios años desde aquello, y después de haber logrado echar a los franceses, recuerdo esos días y todavía se llenan mis ojos de lágrimas. Después de todo aquello me di cuenta del apoyo que suponía para mí Adela. No he vuelto a saber de Carmen y Bernardo desde aquel día. A pesar de la pena que supuso para mí la pérdida de mi hermana, me sirvió para darme cuenta de que lo único que va a estar ahí siempre, es la familia. Con la familia ríes, lloras, pasas malos y buenos momentos, pero he aprendido que a pesar de los altibajos, la familia y todas las personas que te quieren tal y como eres, son las únicas que nunca te fallarán...Ahora acabo este relato, cambiando el refrán y diciendo: "Familia, no hay más que una".

FIN